

## TESTIMONIOS DE LOS FIELES

### De La Iglesia Reorganizada

**John J. Cornish**, (1854-1937) "En la primera parte de febrero de 1872, un domingo por la mañana fui al bosque en donde...yo sabía que nadie me escucharía. Allí me arrodillé y oré profundamente que en la reunión de oración de aquella noche, si Dios me hablara en el don de lenguas por medio del toscó Anciano Myron Haskins, y me dijera que este evangelio es verdadero, si fuera así, y me diera una sensible manifestación de Su Espíritu Santo, yo sentiría y sabría que es la verdad, entonces lo obedecería y trataría de vivir en el...yo fui a la junta de predicación aquella mañana, pero el Anciano Haskins no estaba allí...también fui a la reunión de oración en la noche...y unos diez minutos después de que la reunión empezó, y cuando unos himnos habían sido cantados, después de una o dos oraciones, y dos o tres personas que habían testificado, el Hermano Haskins se levantó y empezó a hablar en un lenguaje que yo no sabía. Parecía que estaba hablando a toda la gente presente. Entonces volteó a verme, señalándome y mirándome a la cara, continuó. Un extraño sentimiento vino sobre de mí, un poder que me hizo temblar todo--no con miedo, sino un poder que yo creí que era en respuesta a mi oración, tal como yo le había pedido que me diera Su Espíritu Santo como una evidencia de que este era el verdadero evangelio.

Cuando el Hermano Haskins terminó de hablar, giró y volvió a su asiento, e iba a sentarse cuando se levantó, se volvió a la congregación otra vez, y empezó a hablar unas cuantas palabras para todos en nuestro propio lenguaje. Entonces, como en la lengua, él se dirigió a mí, y señalándome dijo (como yo lo recuerdo), 'Oh, tú, hijo de hombre, en cuanto tú has inquirido de mí este día para saber de la verdad de mi evangelio, ahora me revelo a ti, y te doy una manifestación

de mi Espíritu por la cual sabrás que es verdad. Yo demando obediencia de tus manos, y yo te bendeciré, y tu serás el medio para hacer mucho bien entre los hombres, trayendo muchas almas al conocimiento de la verdad.' "

Johnny Cornish enseñó y predicó por más de 50 años. Él, junto con otros, vio abrirse los cielos y oyó el Espíritu de Dios descendiendo, como los apóstoles en el día de Pentecostés. Él vio el rayo de luz como Pablo. Él fue un instrumento en las manos de Dios para sanar muchos enfermos, echar fuera demonios, y bautizar más de 1.500 personas en la Iglesia Reorganizada De Los Santos De Los Últimos Días, y ayudar en la conversión de cientos más. (79)

**Joseph Luff**, London, Ontario, Canadá, 1876: Él fue un ministro joven quien había leído algo de literatura de la Iglesia Reorganizada De Jesucristo De Los Santos De Los Últimos Días, y estaba medio interesado pero agusto con la verdad que él conocía. Él escribió..."Habiendo oído bastante acerca del Libro de Mormón, obtuve una copia del libro y me encerré yo solo en la sala casi todo el día para leerlo. Y así mientras estaba ocupado fui visitado varias veces por algo como una influencia pacífica como nunca me había penetrado...La persuasiva fuerza de esa influencia, provocó lágrimas en mis ojos y alabanzas de mis labios casi involuntariamente, y mis sospechas con respecto al libro se derritieron... fue extraño para mí entonces, porque esto no fue un mero sentimiento o éxtasis, sino una clara conciencia de una presencia y poder cerca de mí que estaba asociada de alguna manera con el libro."

Maravillado así de que esta hermosa influencia fue la manera en la cual el Espíritu de Dios se manifestó en los tiempos antiguos y preguntándose si los dones espirituales en esta organización fueron genuinas expresiones de

Dios, atendió un servicio de oración. Durante el servicio él ofreció una oración en silencio, preguntando si la influencia que él había tenido y disfrutado grandemente había sido el Espíritu de Dios, y oró que si la iglesia estaba aprobada en el cielo, el Señor podría hablarle en el antiguo don de profecía a través de un muchacho joven, Robert Parker (que solo tenía diez años de edad) e instruirlo además de lo que sería divino. Él escribió la respuesta de aquella silenciosa oración...

"Cuando los que deseaban, habían orado en voz alta, la congregación se puso de pié (estaban arrodillados) y luego se sentaron; los cantos y testimonios recomenzaron. Entonces Robi, como era llamado familiarmente, se paró y empezó a hablar como ningún muchacho de su edad podría dar testimonio. Él no dijo muchas palabras sino hasta que su cara se puso como un papel y el llanto salió de sus ojos y fluyó abundantemente por sus mejillas, y fue hasta que volvió su cara hacia mí, que levantó su mano y dijo, tan cerca como puedo recordarlo: 'En verdad te dice el Señor, ¡Oh hijo de hombre, ve ahora y obedece mi evangelio porque ésta es realmente mi iglesia! Es mi deseo que tú seas bautizado por las manos de uno de estos mis servidores, pues has recibido mi Espíritu dice el Señor.' "

Su oración había sido completamente contestada y en palabras más allá de las que ordinariamente usaría un muchacho de diez años de edad que no tenía idea de lo que él le había pedido a Dios. José obedeció la voz de Dios el Señor y más tarde llegó a ser un apóstol.

**Arthur Oakman**, (1905-1975) London, England: La ocasión fue una reunión en 1938 en Inglaterra cuando el Apóstol F. Henry Edwards y yo, asignados a aquel campo, presidíamos sobre un grupo de santos. Ellos eran pequeños en número, pero eran demasiado importantes en los ojos del Señor. Como el curso de esta particular

reunión procedía, hermano Edwards se paró y dio un discurso bajo la influencia del Espíritu con un “así dice el Señor,” el lenguaje del cual podría comparar de aquel de Isaías. Era hermoso. Me lo acuerdo todavía, y lo hice la fundación de mi ministerio por siete años a mi propio pueblo al otro lado del mar. Mientras que él hablaba, algo me pasó; y sólo lo puedo explicar en palabras que sé. El idioma, se dice, se usa para esconder nuestros pensamientos, en lugar de expresarlos. Confío que el mismo Espíritu, o algo del mismo Espíritu el cual yo sostuve en esta experiencia, les pueda ser dado para que mis palabras evoquen una apreciación de ello para ti y adentro de ti.

Yo fui llevado al seno de la eternidad en el alba de la creación. Allí estaba yo; y Dios sabía que allí estaba yo; y yo sabía que Dios sabía que allí estaba yo. Que la experiencia duró diez ciento mil millones de años o un milésimo de un segundo no puedo decirles. No había ni antes ni después; no había tiempo; no había espacio. Todo lo temporal había desaparecido. Yo sabía el por qué estaba allí.

La escritura dice, “Yo estaba en el principio con el Padre.” (DyP 90:4a); y así se dice de todos nosotros (DyP 90:5a). Me imagino realmente que el buen espíritu debe haberme descubierto algunos de las profundidades misteriosas de mi propia alma, las cuales habían sido olvidados en el proceso de mi nacimiento. Eso es la única explicación que pude hacer. Anticipaba las palabras de ser dichas, y fueron: “Sea la luz, y fue la luz.” (Gen 1:3).

Y así procedía de la presencia de Dios y de Su Hijo, Jesucristo, y de la tercera persona que estaba allí en increíble unidad. No lo puedo expresar; ni hay palabras que tengo que podría expresárselo—el Espíritu de sabiduría. Mientras que las palabras se decían, allí salía de la presencia de Dios—no la puedo llamar una criatura porque no era una criatura—era la mente, la voluntad, y la Palabra de Dios; era si mismo en auto-expresión. Como procedía

de su presencia, creaba espacio, creaba tiempo, y en proceder (como inadecuadas las palabras son, tengo que enfatizar) fue contenido todo lo que sabemos y entendemos del universo temporal: los soles, las estrellas, y las galaxias—eso fue hecho. “Sea la luz, y fue la luz.” Entonces por un proceso de gracia no imaginable, me fue hecho sentir y saber que el orden de la creación como se contiene en la Versión Inspirada de las Escrituras es absoluta y completamente verdadero. Dios creó todas las cosas espiritualmente antes de que estuvieran naturalmente sobre la tierra.

Yo vi dos cosas, las implicaciones de la cual todavía están maquinando en mi mente. En esta experiencia, no había antes ni después, no había tiempo ni espacio. Y por ese momento breve, o por aquellos cien mil millones de años—no sé cual—yo tuve un alcance eterno y una comprensión eterna de las cosas, la mayoría de las cuales ya he perdido. No los puedo recordar.

En este momento de vista clara, vi la creación. Vi los órdenes de la creación; Vi el hombre ser creado, primeramente espiritual. Y al pináculo de la creación espiritual, lo vi ser creado físicamente, la primera carne sobre la tierra. Vi después como maravilloso era, que nuestro Padre celestial había creado al hombre y después dio forma a los animales y se los trajo ante él—que Adán por nombrar los animales, se recogió a sí mismo un vocabulario por lo cual su intelecto y mente fueron alargados. Fue su propio idioma, el cual inventó bajo la influencia y poder del Espíritu.

Vi también, que al fin de la creación de los animales, la hembra se creó. Caballeros, muchas personas se han reído a la historia de la creación de la hembra, y muchos hombres todavía se rien. Muchos de los teólogos Protestantes buscan sacarlo como un mito no importante; ellos buscan sacarlo porque es simplemente idioma ilustrando una

verdad la cual no puede ser agarrada por el intelecto—sólo puede ser vista y entendida por el poder del Espíritu Santo.

Yo vi que el sueño de Adán fue típico y representativo de la muerte de Cristo. De la herida en su lado fue tomado aquel que vino ser hembra. Y de la muerte del Señor Jesús y de la lanza que penetró su lado vino aquella que se nos conoce como la Iglesia de Jesucristo. Yo vi claramente también, que tal como la mujer ha llegado ser la madre de todo ser viviente según la carne, así la Iglesia ha llegado ser la madre de todos los seres vivos según el Espíritu.

Hay muchas otras cosas que vi. Vi ese mismo Espíritu, el cual procedía de la presencia de Dios para crear y llenar la inmensidad de espacio. Este mismo Espíritu fue tomado y usado para vivificar la simiente de vida en María, la madre de nuestro Señor Jesucristo. El milagro físico fue necesario, absolutamente necesario, porque en nuestra carne había introducido la ley de la muerte; y no hombre jamás tenía adentro de su propio cuerpo el poder de una vida inmortal y eterna.

Para continuar con esta experiencia, yo vi claramente que a través de la resurrección de nuestro Señor, a través de la resurrección de Su cuerpo, el entero universo visible fue capaz de ser cambiado y transformado. La cosa más distintiva que el universo hace es producir y sostener un cuerpo humano.

Vi claramente que Jesús en Su resurrección fue la suprema revelación en su modo individual del destino de la creación. El no fue solamente un judío del primer siglo. Vi que él era hombre.

Vi otras cosas. Vi que cuando Dios puso Su mano para crear, lo hizo porque es su naturaleza de crear—como era la naturaleza de Beethoven de escribir música, Shakespeare a escribir dramas, Botticelli a pintar, Bernini a carvar

estátuas. Lo hizo para expresarse. Vi que lo hizo para complacerse a si mismo, no a complacernos. Era una forma de su propia vida. Fui permitido ver que la razón por lo cual lo hizo fue para poder encontrarse en aquel que había creado. Se complació en hacer así.

**Arthur Oakman**, (1905-1975) Berkely, California: Años antes—cuando yo sabía mucho más de ahora—era un anciano de 27 años de edad. Había estado en la obra misionera por algunos años, Todavía era soltero. Servía en otras partes del país también como misionero y empezaba a preocuparme acerca de mí mismo. Quería saber si mi ministerio era aceptable al Señor o no. No quería saber del hombre—quería saber de arriba. Sentía como José Smith sentía—como si podría recibir esta sabiduría, entonces estaría satisfecho.

Algo más quería saber. Cuando trabaja para alguien, quiere saber cuales son las posibilidades, ¿no es así? Quería saber donde estaría en 15 o 20 años. ¿Qué futuro existía en la iglesia para mí? Al mismo tiempo había en la congregación cuatro hombres jóvenes. No eran miembros de la Iglesia, pero eran casados con muchachas de la iglesia. Eso estaba en la parte atrás de mi mente cuando oraba. Quería estar seguro que en un modo podría alcanzarlos y bautizarlos.

Empecé de hacerlo un asunto de oración. Entré en esta disciplina: a las cinco de la mañana cada mañana—no por uno ni dos, sino por muchos meses—iba a la iglesia. Cerraba la puerta principal con llave, luego, iba a mi estudio y lo cerraba con llave. Entonces, subía arriba del cielo raso pasando por el cielo donde estaba el órgano y cerraba aquella puerta con llave también. Nadie podía verme o saber que estaba allí. Allí, empezaba a preguntarle en oración ferviente si mi ministerio era aceptable al Señor y que sería mi futuro.

Eso hacía por un tiempo, y gradualmente me ocurría que debía orar por aquellos cuatro jóvenes. Eso hacía. Pensaba adentro que tal vez podía encontrar cómo hacía yo, de los hombres de la Iglesia—pero eso no me satisfacía. No estaba trabajando para ellos. No estaba trabajando para el Presidente de la Iglesia ni el Quórum de los Doce. Estaba trabajando para el Señor Jesús, y quería saber de Él, lo que era mi posición.

Pronto, más y más de mi tiempo de oración, el cual duraba una hora, empezaba a llenarse con aquéllos cuatro jóvenes. Algo empezaba a sucederme; empezaba a ver algunas cosas en las vidas de ellos que yo nunca había discernido anteriormente. Encontraba gran libertad en orar por ellos. Estoy seguro que mis oraciones hallaban reflexión en mi vida porque mi actitud hacia ellos cambió.

Uno de ellos, Henry Strand, me dijo, “No vale la pena que me vengas a ver, Arthur; porque si alguien fuera a bautizarme, no sería tú—sería John Rushton. Le dije, no es importante quien te bautice, tal que te bautiza.

Seguía en mis oraciones. Eso seguía hasta que me encontraba yendo de prisa, gozoso, al lugar de mi obra, con la única preocupación en mi mente y corazón de esos cuatro jóvenes. Había olvidado por completo la razón por la cual comencé esta disciplina espiritual. Nada era más lejos de mí. Se me había desaparecido de la mente.

Un día en particular, el seis de agosto, 1933, era el domingo de Santa Cena. Fui como siempre, y leía, “Y Jesús, viendo las multitudes, subió al monte y sentándose, vinieron a él sus discípulos y abiendo su boca les enseñaba.” (Mateo 5:1-2) Lo que pasó después, solamente lo puedo expresar en lenguaje que conozco. Las líneas de aquel texto se partieron; pasé de por medio, y allí estaba yo. Estaba allí; sé que estaba allí, y Dios sabía que allí estaba yo. No puedo describirles la escena. Mientras que miraba las caras de los discípulos—y las sabré otra vez cuando

las vea—vi el Maestro sentado sobre una peña. No vi Su cara—aunque me dio la certeza que si seguía vivir justa y fielmente, el día vendría cuando vería su Faz. Vi el gozo con el cual la naturaleza llevaba la huella de su Creador. Me parecía que aun las hojas de secate sobre la montaña cantaban los cantos del amor redentor. Y la mirada fijada en las caras de aquellos hombres y mujeres nunca olvidaré por el tiempo que viva. Era algo que no se puede describir en términos generales; tiene que ser experimentado para ser comprendido.

Yo sabía que eran las próximas líneas en las Escrituras. Dice, “Bienaventurados los pobres en espíritu, quienes vengan a mí; por que de ellos es el reino de los cielos.” (Mateo 5:3) En lugar de las palabras que están en el Nuevo Testamento, éstas son las palabras que escuché: “Arthur, tu ministerio me ha sido aceptable. Muchas se han regocijado bajo el sonido de Mis preceptos. Has estado esperándome a llamar tu nombre. Cierto, te digo, que las líneas de tu llamamiento ya están puestas. Tu ministerio será en parte a tu propio pueblo al otro lado del mar, quienes amas, y un profeta y vidente les serás. Acuérdate, Mi siervo, los Doce son los que desearon tomar sobre de ellos Mi nombre con pleno propósito de corazón.” Entonces, fue allí que supe que era mi llamamiento—de ser apóstol. Entonces El dijo, “No permitas que los momentos deprimidores interfieran con tu obra.” La visión terminó. Cuando había olvidado completamente acerca de mí y era completamente sumergido en mi preocupación por aquellos hombres, tuve la respuesta a mi oración.

Después de que la visión había pasado, y volví en sí, comencé a contemplar. ¿Qué fue eso? Era imaginación?

Un poco más tarde en la mañana tuvimos el culto de Santa Cena—uno el cual nunca olvidaré. Presidiendo sobre aquel culto de sacramento era el anciano Guy P. Levitt, un hombre tan increíble. Él no tenía ni un hueso lógico en todo su cuerpo, pero yo no conocía a nadie quien podía entrar una situación social y reconocer el sentido espiritual

tan clara, y correctamente como Guy Levitt. Aquellos cuatro hombres estaban presentes. Durante el culto, el buen Espíritu vino y tocó nuestros corazones. Crecía gradualmente hasta el momento cuando entró dos ángeles al cuarto. Un ángel representaba el sacerdocio de Melquisedec y el otro el sacerdocio de Aarón. Ellos escribieron sobre las cabezas de aquellos cuatro hombres, quienes no habían sido ordenados, los oficios en el sacerdocio que debían ocupar.

Cuando sucedía eso, el hermano Levitt se paró bajo el don de la inspiración del poder de Dios y les habló, uno después del otro. Luego, volvió hacia mí y me dijo, “Así te dice el Espíritu, ‘Mi hijo Arthur, tu ministerio me ha sido aceptable. Muchas se han regocijado bajo el sonido de Mis preceptos. Has estado esperándome a llamar tu nombre. Te digo, que las líneas de tu llamamiento ya están puestas. Tu ministerio será en parte a tu propio pueblo al otro lado del mar, quienes amas, y un profeta y vidente les serás. Entonces el concluyó con, “No permitas que los momentos deprimidores interfieran con tu obra.” Algunas cosas se cree, y otras cosas se sabe. Yo supe como resultado de esa experiencia que yo había sido en contacto con el Espíritu eterno.

**Arthur Oakman** (1905-1975) Inglaterra: En 1939, estaba en Europa con mi esposa y niño; y en septiembre de aquel año, Inglaterra declaró guerra contra Alemania. Recibí carta del presidente de la iglesia Frederick Smith sugiriendo que algunos de los hermanos le había aconsejado que sería una cosa buena si me pidiera que volviera a los Estados Unidos desde que no había mucho que podía hacer durante la guerra. El me dejó con la decisión, y yo dejé la decisión para mi esposa. Ella me dijo que si regresara yo, ella quedaría en todos modos—entonces se decidió el asunto. Le escribí al presidente Smith y le dije que habíamos decidido quedarnos.

Había un periodo de algunos meses de lo que se llama la “guerra falsa,” cuando las cosas eran quietas en el frente oeste cuando Hitler atacaba Polonia. Entonces el 10 de mayo de 1941, Hitler invadió Holanda y Bélgica y procedió a aumentar las tropas detrás de la línea Maginot, la cual era invulnerable. Fuimos entonces hacia Dunkirk.

Yo recibí otra carta de Presidente Smith, y esta vez él incluyó 2 otras cartas las cuales había recibido de hermanos apresionándole que era su deber a pedirme volver. El dijo, “ves la presión que tengo para tenerte de regreso en los Estados Unidos. No le voy a ordenar volver. Te dejo con la decisión.” Ya habíamos hecho la decisión, pero todavía había tiempo para salir. A Gran Bretaña, no le fue dada mucha esperanza de sobrevivir y se veía oscuro y sin salida. Escribí al Presidente Smith una carta diciéndole no escribirme más cartas de ese tipo. Volvería a casa cuando él me dijera y cuando me dijera el Señor, y anticipaba que Dios lo hiciera cuando él tenía un profeta en la Tierra y yo estaba bajo su dirección.

Caminé a la estación de trenes en Gloucester, la cual está en la parte oeste de Inglaterra. Afuera había un buzón, una caja de pilar lo llamamos. Tuve aquella carta en mi mano; y sabía que si entrara por la boca del buzón, nunca la vería otra vez y estaría comprometido. Así me paré unos momentos y debatía si debía enivarla o no. La metí...la saqué...y por fin la empujé para adentro. Caminé a través del andén. “Mis barcas fueron quemadas”; “mis puentes para abajo;” no podía regresar. No había retorno.

Los alemanes comenzaron a bombardear Londres, y mis padres estaban en Londres. Decidí tomar el viaje de 120 millas al este hacia Londres para estar con ellos en un tiempo difícil. Nunca olvidaré aquella mañana; era hermosa. Comencé caminar por lo largo del andén, esperando la llegada del tren. El lugar era vacío. Pero estaba consciente a cada lado mío estaba la presencia de dos personajes, con los cuales tuve una conversación mental y espiritual—tan verdadera como si la lengua inglesa fuera usada—la cual era. Me fue dicho que el Señor estaba complacido con la decisión que yo hube hecho a quedarme con mi pueblo; pues para este propósito había sido traído a esta tierra. También me fue dicho que Gran Britania no sería invadido por nuestros enemigos presentes debido a su amabilidad al pueblo antiguo del pacto del Señor: los judíos. Pero, debido a la crueldad al pueblo del pacto de Dios, los judíos. El poder de Alemania en el medio de Europa sería terminado. Me fue dicho también que los Estados Unidos entraría la guerra, y no país viviría desde ese tiempo a sí mismo. Pero a través del avance de la tecnología, el mundo vendría ser un mundo, y eventualmente el Reino de Dios prevalecería. Nunca olvidaré esa experiencia.

**Arthur Oakman** (1905-1975) Inglaterra: Cuando era joven, éramos tan pobres como ratones de una iglesia. Me acuerdo de ir a la escuela en pantalones que habían sido parcheados tantas veces que la única cosa original de los pantalones fue la forma. Los zapatos que llevaba no tenían la parte abajo. Tenía suerte si había papel café para poner adentro de los zapatos para guardar mis pies de tocar la tierra.

Un día pregunté: “Padre, pertenecemos a la iglesia verdadera, no es así?” El dijo, “así es, hijo.” Entonces le dije, “Por qué somos tan pobres?” Es una pregunta lógica para un niño de nueve años. El dijo, “No sé hijo, por qué somos tan pobres. Pero dos cosas me vienen a la mente. Tal vez no soy una persona a quien se puede confiar tanto dinero. Y prefiero ser un hombre pobre con mi fe, que un hombre rico sin mi fe.” El era sin letras; no sin educación. Era educado—un plomero. El dijo, “la otra cosa que quiero decirle hijo, es que uno de estos días el

Señor pondrá su mano a bendecir nuestra casa. Y cuando lo hace, nunca jamás volveremos a faltar dinero ni sostén.”

Entonces, contento con esto, mi hermana y yo esperábamos. Vivíamos en una calle sin fin. Éramos 39 casas hacía el fin de la calle Garfield. Creo que la calle fue nombrada por el Presidente Garfield, quien fue asesinado. Seguramente asesinaron la calle también; y tal vez ¡así ganó el nombre! Las casas eran edificadas en fila—solamente una pared de nueve pulgadas que les separaba de los vecinos próximos—una después de la otra.

Había una cerca en la parte atrás; y al otro lado, una viña, que tenía por dueño un tío rico mío. ¿Cree que a él le importó nosotros? Tenía que ser como los demás de los jóvenes; si yo quería una manzana o dos, tuve que subir el cerco y tener el riesgo de ser agarrado.

Mi hermana y yo parábamos con nuestra madre al final de la calle, como la llamábamos, esperando por mi Padre a venir por la esquina. Sabíamos cuando tenía dinero en su bolsa por el modo de andar. Es interesante—podíamos discernir a una distancia de como 100 yardas, creo yo. Si viniera jalando sus pies, madre retornaría a la casa con desdén comeríamos lo que tenía, si hubiera algo.

Un día, allí esperábamos a padre. Pero en lugar de papá, allí salió de la esquina de la calle High un hombre de barba blanca, que se vestía con un traje negro y un largo abrigo negro. El se quitó el sombrero, se paró en medio de la calle, y comenzó a cantar. Comenzó a bajar en medio de la calle, cantando. Escuchamos cada palabra distintamente como más cerca venía.

Salga incredulidad, mi Salvador está cerca,  
Por oración déjame luchar, y él performará;

Aunque oscura sea mi camino; desde él es mi guía.  
Aunque cisternas se quiebren, y criaturas se cayan,

Y para mi alivio, aparecerá seguramente  
Con Cristo en la barca, me sonrió en la tempestad.

Es mío obedecer, es de él a proveer.  
La palabra que ha hablado, seguramente  
prevalecerá.

Su amor en el pasado no me deja pensar,  
Cada dulce Ebenezer yo tengo que ver,  
Desde todo que me encuentro será por mi bien,  
Aunque doloroso al presente; cesará muy pronto  
(*El Himnario*, 1895, # 159)

Que me dejará en problema a hundir;  
Confirma su gran placer a llevarme seguro.  
Lo amargo es dulce, la medicina—comida.  
Y luego, como amable el canto del conquistador.”

Por este tiempo se paró enfrente de mi mamá. Lo que pasaba, no sabíamos. El se dio vuelta a mi mamá y preguntó, “Hermana, me tendría un pedazo de pan que podría compartir a un hombre viejo?”

Ella tenía dos rebanadas de pan en su casa, y eso fue todo. Ella dijo, “Sí, creo que sí.” Tuvimos un dicho entre nosotros, “Son los pobres que ayudan a los pobres.” Entonces, ella agarró una hoja de papel, y envolvió una rebanada de pan adentro, salió y se lo dio.

El se dio vuelta hacia ella y le dijo, “Hermana, debido al sacrificio que has hecho hoy, el Señor ha puesto su mano a bendecir su hogar; y desde este día y adelante, nunca faltarán el pan ni el almacén.”

El se agachó, me besó en el frente, y dijo, “Este hombrecito crecerá ser adulto y predicará el evangelio de Jesucristo en muchas tierras.” El besó a mi hermana y le dijo acerca de lo que pasaría con ella.

Madre le dijo, “Si espera un momento, le daré un centavo y puede comprarse una taza de té. Solamente tenía dos centavos. Ella volvió adentro de la casa por el centavo guardado en una bolsa muy usada que todavía puedo ver en mi mente. Cunado ella volvió, ya no estaba allí. ¿Quién era él? Eso fue un tema de conversación seguida.

Curiosamente, pronto después de su salida, papá llegó al inicio de la calle. Podíamos ver por el modo de su andar que tenía dinero en el bolsillo. El entró la casa con grande entusiasmo y agarró a mamá y le dijo, le dio una vuelta de baile y le dijo, “Ada, acabo de recibir un gran contrato de trabajo. Nunca más nos faltará.

Me acuerdo años después cuando mi madre estaba en su cama esperando la muerte en 1918. Estábamos en otra parte del pueblo en una mejor casa, donde padre—quien era un sacerdote en la iglesia—podía tener estudios de las escrituras. Tuvimos en el fondo de la mente el sentido que en una parte, estaba otro miembro de la familia [nuestro ángel guardian], aunque no sabíamos quien era.

Cuando estaba mi madre en agonía, yo fui a la oficina del doctor por medicina para ella. Mientras allí, uno de mis amigos de mi juventud entró y me dijo que su madre acaba de morir. Corrí toda la distancia a mi casa tan rápidamente como pude y entró de repente al cuarto de mi madre y ella estaba respirando con gran dificultad y muriéndose.

Le dije, “Mamá, la mamá de mi amigo Allen ha muerto.”

Ella dijo, “Hijo, no te preocupes; tu madre no morirá.”

Como niño le pregunté, “¿Cómo sabe?” Ella dijo, “¿Recuerdas el hombre que nos visitó cuando vivíamos en la calle Garfield? Le dije que sí. “El acaba de visitarme” dijo ella, “Y me dijo que mi enfermedad no era hacia la muerte, sino hacia la vida.”

**Oscar Case** (1872-1977) Iowa, EEUU: Yo me bauticé en 1889 cuando tenía 17 años. En 1893 mi padre me dijo: “Cuándo comenzarás el ministerio?” Yo le dije, “Dios sabe mi nombre y dirección y si Él me quiere, me lo dirá.”

Un día viernes antes de una reunión familiar campestre, decidí asistir. Era maestro en aquel entonces. En la escuela, decidí orar acerca de lo que mi padre me había dicho, porque el tuvo testimonio desde que yo era bebé que sería llamado a predicar el evangelio. Entonces fui al escritorio donde había enseñado todo el día y le dije al Señor que si Él quería que yo predicara, me gustaría que me lo revelara a través del Espíritu, usando una persona desconocida. Pedí que me lo dijera en el don de lenguas y interpretación y que me dijera que fue en respuesta a esta oración.

Llegué al campamento por caballo como a la medianoche. Había como 425 tiendas del campo allí. En la mañana le dije a mi hermano Humberto que iba yo al culto de oración. Fuimos juntos. Había como 1.500 personas. Fuimos al centro de la reunión. Después de unos 15 minutos, un hombre viejo con pelo gris que se llamaba A.H. Rudd se levantó directamente detrás de nosotros. Él hablaba en una lengua desconocida y puso su mano encima de mi cabeza por un momento. Luego, dio la interpretación. Me dijo, “Sí, eres llamado al ministerio y esto es en respuesta a tu oración que ofreciste en la escuela anoche, e irás al este, oeste, norte y sur y serás un instrumento en bautizar a cientos de personas en la iglesia.” [Así fue.]

**Oscar Case** (1872-1977) Washington, EEUU: Cuando era pastor en Spokane, Washington, un hombre llegó al culto del domingo a las 11:00am. Yo noté que él prestó mucha atención. Después del culto se me presentó a sí mismo y dijo, “Supongo que quiere saber el por qué estoy aquí.” Le dije, que no realmente. Tenemos varias visitas hoy. Él compartió una experiencia que tuvo. Un ángel se le apareció en un sueño la noche anterior y le dijo que fuera a la iglesia blanca y pequeña en la esquina de Tercera Avenida y la Calle Smith y el escucharía el evangelio restaurado. Le dije que era correcto. Me preguntó cuando podía hablarle y le invité a la casa para almorzar. Le hablé esa tarde y tres noches durante la semana y lo bauticé el domingo próximo.

**Oscar Case** (1872-1977) Washington, EEUU: Cuando era pastor en Spokane, Washington un día caminaba por la Cuarta Avenida y vi a un hombre acercándose en una carreta para leche. De repente, se paró y me dijo, “Bien, ¿quién es usted? Le dije, “Soy el pastor de la iglesia en la esquina de Tercera Avenida y la Calle Smith.” Me dijo, “Tuve una experiencia rara ahora.” Le dije, “¿Qué era?” El dijo, “Una voz me habló y me dijo, ‘Allí está un siervo de Dios. Párelo y escuche su historia.’ ¿Cuándo puede hablar conmigo?” Le dije, “Ahora mismo.” Hablamos por un rato e hice cita para hablarle aquella noche. Hablamos del tema. Sin necesidad de decírselos, ya saben lo que hizo. [Se bautizó] ¿Quién no lo haría?

**Oscar Case (1872-1977)** El Distrito de Este Iowa, EEUU. Cuando estaba en el distrito de Iowa Este alrededor de 1900, dejé la misión porque mi esposa estaba enferma. Al llegar a casa, tenía \$6.00 y mi esposa no tenía nada. Le administré con aceite consagrado y se sanó. Muy pronto se gastó los \$6. El espíritu del Señor me dijo a volver a la obra. Le dije a mi esposa a listar mi ropa—que volvía a la misión el día siguiente. Ella dijo, “¿Cómo irías sin dinero? Es 300 millas (480km). Le dije, no sé, pero me voy. El día siguiente esperé hasta las 9:00am. El tren pasaría a las 10:00am. Llevé mi maletín, le besé a mi esposa. Ella lloró y yo también. Fui a la estación del tren porque no sabía otro modo de ir. En eso el tren llegaba. Comenzaba a abordar el tren—me faltaba un paso para bordar. En este momento una hermana me tocó en el hombro y dijo, “Hermano Case, vas a la misión?” Le dije que sí. Ella dijo que algo le decía que no tenía yo suficiente dinero. Le dije que seguramente era así. Ella abrió la bolsa y me dio \$5. Pagué el revisor. La tarifa era \$4.85. Llegué a la obra con 15 centavos.

Podía haber trabajado antes y ganado dinero, algunos dirían. Otros dirían no dejaría a mi esposa sin dinero. Pero él me dijo que fuera. Yo fui. El abrió la puerta para ambos.

**Oscar Case (1872-1977)** Nebraska, EE.UU: Mientras que vivía con mi padre en Decatur, Nebraska, mi hermano Humberto, un misionero también, estaba en Detroit, Michigan. El tenía oposición y estaba un poco desanimado—la cual no sabía en ese tiempo. Una noche como a eso de las 3:00am alguien subió las gradas y entró por la puerta de la cocina. Yo pensé, quién estaría entrando a esta hora de la noche. El caminó por la cocina, abrió la puerta de las gradas y subió a mi cuarto y tocó. Le dije, “¿Quién es?” El dijo, “Levántate y escribe una carta a Humberto.” Entendí perfectamente, pero le dije, “¿Cómo?” El lo repitió y dijo “levántate y escribe una carta a Humberto y mándela por avión.” Le respondí, “¿Qué le diré?” El dijo, “Te será dado lo que debes escribir al comenzar a escribir.” Le dije, “ok.”

El volvió a salir por las gradas y se fue. Yo bajé las gradas y escribí la carta tan rápido que pude. Me fue dada la carta en poesía. “Mi hermano, escuché una voz que llamó por la noche. Me hizo levantarme y escribirla y mandarla por avión, que pueda decir a toda la gente por allí. He conocido la semillas que siembras por muchos años y conozco la manera que la tiras por aquí y por allá. Una cosecha temprana tendrá y muchos cosechadores te ayudarán. Ángeles están puestos alrededor cuidando los campos tan raros. Espíritus inmundos alrededor, enojados por la tierra fértil. Sus caras negras y sucias. Dicen

que la obra no se hará en 1930. Más ángeles llegaron y los expulsaron y dijeron “les daremos todo lo que falta.” Entonces adelante mi hermano adelante te vas. Nadie puede parar esta obra, ni parar la semilla de crecer.

**Oscar Case (1872-1977)** South Dakota, EE.UU.: La iglesia me envió a South Dakota. Pensé que había hecho error y así le dije a mi esposa. Ella dijo, “¿Cómo?” Le dije, “Me enviaron a South Dakota.” Ella no estaba de acuerdo. Fui a Sioux City, y me quedé para el domingo con la iglesia. El lunes por la noche fui a la estación y vi un mapa de South Dakota. Solamente tenía un poco de dinero, entonces decidí ir muy cerca. Fui hasta Elk Point, la primera estación de tren. Ni busqué donde vivía los santos en el estado. Elk Point era una ciudad de unas 3 o 4.000 personas y caminaba por toda la ciudad ese día. No encontré a nadie que le interesaba mi historia. El día se fue. Pensé que iría a un hotel barato. Encontré cuarto para \$1 y cena para 25 centavos. Tenía mucha hambre. Me sobraba 40 centavos. Fui a dormirme, pero antes de dormir, me arrodillé y le dije al Señor toda mi historia y le pregunté adonde podía ir a predicar, pero que me dijera en una manera muy clara para no tener que adivinar que era. Dormí muy bien y a las seis de la mañana alguien tocó la puerta, que estaba con llave, y él entró en todos modos y se paró ante de mí, me señaló con su dedo y me dijo, “Ve a Burbank. Hallarás lugar a predicar allí.” Le dije “ok.” El se fue y me levanté y me vestí y bajé las gradas. Agarré mi maletín y fui a la estación sin saber si había ciudad por el nombre de Burbank. Me acerqué a la ventanilla y le pregunté al agente si había una ciudad en el estado por el nombre de Burbank. El dijo que sí. Solamente tenía 40 centavos. Le pregunté dónde estaba. El me dijo, “Adelante un poco.” Le dije, “¿Cuánto cuesta?” El me dijo, “40 centavos.” Le dije, “Quiero un boleto. ¿Cuándo saldrá un tren para allá?” El dijo, “Bien señor, habrá uno por aquí en unos minutos.”

**Oscar Case (1872-1977)** Springfield, South Dakota: Cuando estaba en la misión de South Dakota, había predicado en una escuela grande, al sur de Springfield. Cuando terminaba la serie de predicación, tuve un sueño espiritual. Un ángel se me apareció y me dijo que fura al noreste de Springfield como a dos o tres millas y media. Allí había unas ovejas que entrarían al rebaño. Fui y encontré el lugar, prediqué cinco mensajes y bauticé a cinco personas.

Cuando andaba en Springfield, Nebraska yo soñé la primera noche que el hermano James Huff y yo caminábamos por el Río Platte y allí tres peces hermosos llegaron al borde del río y dije, “Juez Huff, llevémoslos afuera.” Lo hicimos y los estaba mirando y dije. A saber ¿de que tipo de idea es esa que uno es negro? El dijo, “No sé, pero es lindo.” Eso fue el sueño y en la mañana, el dijo ¿cuántos bautizaremos por aquí? Yo le dije, “Tres, pero uno de ellos es negro. Así fue. La primera persona, quien dio su nombre para el bautismo, fue una mujer negra. Bautizamos a 3 personas.

**Oscar Case** (1872-1977) Norte Nebraska: Cuando estaba en el distrito de Norte Nebraska, un hermano Settles, quien estaba en el Klondike (área de oro) antes, me invitó ir otra vez con él, y me iba a dar la mitad de lo que yo hallé. Pensaba que podía trabajar unos seis meses y volver a la misión, nunca a trabajar otra vez. Yo oré al Señor y esa noche me dio un sueño. Podía ver el oro y lo quería y decidí ir. Pero al salir, vi el trigo bien maduro al par del camino, hasta entre dos pies de mí. Dije, es la cosecha del Señor. Debo quedarme y cuidar su cosecha. No fui al Klondike.

**James Case (padre de Oscar):** Mi padre, James M. Case deseaba un testimonio del Libro de Mormón y oraba a menudo por tal. Era su costumbre orar en la finca después de asegurarse que el ganado estuviera bien. Una noche después de orar otra vez por un testimonio del Libro de Mormón, regresó a la casa y se preparó para dormir. Al acostarse en la cama, escuchó un toque en la puerta. Mi padre dijo, “Entre.” Era un mensajero celestial. El dijo, “Levántate y ponte la ropa. Ven acá a la mesita de escrituras.” El agarró la Biblia y la dobló hoja por hoja, y explicaba los textos que referían al Libro de Mormón, como Gen 49: Deu 33: Sal 85 y otros. Cuando terminó dijo, “¿Estás satisfecho?” Padre contestó, “¿El Libro de Mormón es el libro que se menciona allí? El ángel dijo, “¿Has leído el testimonio de los tres testigos? El dijo,”Si.” El ángel dijo que era verdadero y eso es el libro. Mi padre dijo, “Me gustaría preguntarle una cosa más.” El contestó, “Para eso estoy aquí.” Mi padre dijo, “¿Qué acerca del libro de Doctrina y Pactos?” El contestó, “La Doctrina y Pactos es la ley dada para gobernar la iglesia en este día. ¿Estás satisfecho?” Mi padre dijo que sí. El ángel salió.

**Oscar Case (1872-1977)** Norte Montana: Cuando viví en norte Montana, tenía una finca de unas 160 manzanas de buena tierra. La había mejorado con una casa y unas 25 manzanas sembradas con varias comidas. Un día regresé a la casa y vi la tierra de mi vecina Señor Alair sembrada con trigo. Él tenía 160 manzanas completas de trigo y vi un lugar negro en su tierra. Le dije a mi esposa, “¿Qué es ese en el trigo del Señor Alair?” Ella dijo, “No sé. He estado mirándolo crecer toda esta mañana.” Yo le dije, “Me voy a ver.” Fui y encontré miles de gusanos que comían el trigo como para llenar un carro de paila. Regresé y dije, “Amorcito, es tiempo de arrodillarnos. Los gusanos están abriendo un camino directamente hacia nuestra tierra.” Fue en junio, y el trigo estaba a seis pulgados de altura. Ella dijo, “Nos comerán el trigo.” Yo dije que no. Había pagado cada centavo de mis diezmos y la promesa es que el “devorador no os destruirá el fruto de la tierra.” [Mal 3:11] Nos pusimos de acuerdo. “Ahora, oremos y Dios nos protegerá.” Nos arrodillemos y pedimos que Dios protegiera la tierra de los gusanos. Él lo hizo. Los gusanos gateaban en cruzar nuestra propiedad por tres semanas **sin comer nada**. Después comían las siembras en el próximo campo. La promesa de Dios es fiel.

**Oscar Case (1872-1977)** Sur Dakota: Un día regresaba de la misión en Sur Dakota hacia mi casa en Iowa. Había estado afuera de mi casa por meses. Cuando estábamos cerca de Sioux City, Iowa, todavía en Sur Dakota, solamente había una más estación pequeña. Cuando sonó el tren por esa estación el Espíritu de Dios me habló y me dijo, “Agarra tu maletín y baja del tren.” Agarré mi maletín y salí con una más persona. Había un carro de tren allí para protección. Había una tienda de comida y una comunidad de agricultores. El otro señor vivía cerca de allí y se fue. Yo me quedé solo y decidí buscar un lugar para predicar. Pregunté en la tienda por un lugar a predicar y me recomendó la escuela de la comunidad. Pedí permiso de tres directores de la escuela, todos católicos. Me dijeron que podía usarla, pero ellos no estarían en asistencia. Regresé a la tienda y pregunté al mercadero si había un protestante en la comunidad. Me dijo que sí. Su nombre era Jennings. Fui a su casa y pedí lugar a quedarme por unos días y me lo ofreció por \$2,50 la semana.

El día siguiente fui por toda la comunidad caminando, invitando a todos a la escuela. Venían unos cinco a siete personas por la semana. Pensaba que no era por este tipo de respuesta que Dios me ordenaría bajar del tren. Regresé al mercadero y le

pregunté si había un líder entre los católicos a lo cual todos hacían caso. Me dijo que sí; que era el Señor Beauschenne en una casa blanca grande por el puente.

Fui y los encontré en casa. El no quiso dejarme entrar para hablar del evangelio restaurado, pero yo insistía que quería hablarle hasta que la señora pedía que me dejara entrar. Al entrar, seguía hablando y el Sr. Beauschenne se enojaba más y más. La señora salió para su cuarto. En unos cinco minutos ella regresó, llorando. Ella susurró algo a su esposo en francés. El Sr. Beauschenne no quiso decirme lo que ella había dicho, cuando pedí conocimiento de sus palabras porque sabía que eran acerca de mí. Ella le dijo que él me dijera. El dijo, "Mi esposa dijo que un ángel se le apareció y le dijo que un siervo de Dios estaba en su casa y tenía que escuchar su historia." Les dije a sentarse y les dije la historia de la Restauración por una hora. Cuando terminé él también lloraba. Ellos decidieron ir a la prédica. Estuvieron allí esa noche. La escuela se llenó y cinco familias de católicos entraron la iglesia.

**Oscar Case (1872-1977)** Este Iowa: Cuando estaba en Este Iowa fui a la ciudad de Fulton a la casa del hermano Heide. Él vivía un poco retirado de la ciudad en una finca. Fuimos a ver la iglesia nuestra—muy pequeña y 7 millas afuera de la ciudad. Le dije que no quería predicar allí sino que en el centro de la ciudad. Él me dijo que no podía. Ellos por cincuenta años habían intentado establecer la obra allí y no pudieron. Le dije, "Dime la persona con el más prejuicio y lo bautizaré antes de salir." Me dijo que no podía—que era una mujer y su nombre era abuelita Shields. Le dije que lo haría y él me dijo que yo no podía.

Yo pedí la tienda de campaña del distrito y comencé a orar por ayuda. Alquilé un lugar enfrente de la casa de ella. Yo comencé a predicar y ella se enojó. Pensaba si ella quedara en casa, ¿todavía me oiría! La primera noche ella cerraba la puerta y las cortinas y ponía sus dedos en los oídos y apagaba las luces. Por fin escuchó algo bueno. La noche siguiente salió para el porche. La noche siguiente tuvo un sueño. En su sueño fue a la tienda donde tocaba yo el órgano y el hermano Turner estaba al lado de mí. Pensaba ella que la música era tan bella y la reunión era llena de gente. Había diecisiete sillas reservadas enfrente y catorce de ellas estaban ocupadas y tres mujeres vestían de blanco entraron y me levanté y les dije, "Aquí están sus asientos." Eso fue su sueño.

Era tan real que la noche siguiente ella llegó a la tienda para pedirme la interpretación. Le dije que yo tenía la interpretación y ella era involucrada en el suceso. No me quería creer. No quería entrar aquella iglesia. Yo prediqué por tres semanas y tenía dieciséis nombres para bautismo. Anuncié que tendríamos un culto de bautismo el domingo a las dos de la tarde. Había un buen grupo de personas en el bautismo. Yo bauticé a los 16 y dije, “Hay uno más que debe aceptar esta llamada porque más tarde tal vez sea muy tarde.” Ella bajó al agua y me preguntó si la bautizaría. Le dije que me encantaría bautizarla.

Aquella noche antes del culto, yo estaba tocando el órgano y el hermano Turner estaba a mi lado y cantábamos con la tienda llena de personas. Diecisiete sillas eran reservadas para la confirmación del Espíritu. Catorce eran ocupadas y entraron los últimos tres, vestían de blanco. Me levanté y dije, “Aquí están sus asientos.” La hermana Shields era una de esas tres mujeres.

**Oscar Case** (1872-1977) Washington: Presidía sobre el distrito de Spokane, Washington. El distrito llegó ser muy extenso—500 millas para cruzarlo de lado a lado. Incluía hasta Alberta, Canadá. Pedí del distrito un mimeograf (copiadora antigua) para escribir boletines de la iglesia y enviarlos a los miembros. Ellos lo discutieron y por fin decidieron a favor de la moción, pero me dio el honor de levantar los fondos necesarios yo mismo. Les dije que costaría unos \$175. Escribí a todos los grupos pero nadie me apoyaba. Oraba al Señor. Pensaba que tal vez no lo ocupaba, pero creía que sí. Pedí dirección del Señor como obtener el dinero. Esa noche un mensajero me vino en un sueño. Me dijo a levantarme y vestirme. Me llevó a paraíso. Me dijo “Eso es paraíso y no puedes ir más allá de aquí, pero vendrá un señor en unos minutos.” Entonces así me quedé, viendo un señor en la distancia acercarse. El llegó y me dijo, “¿Quiere usted un mimeograf?” Sí, le dije. Me dijo, “¿Por qué no lo pides?” Le dije, “¿De quién?” El dijo, “Regrese a casa, y escriba una carta al Señor B.F. Tignor en Wenatchee, Washington y él le enviará el dinero para comprarlo.” Cuando regresé a mi cama en el sueño y me acosté, me desperté muy alerta. Era un día martes cuando tuve este sueño.

El día siguiente me levanté y le dije a mi esposa que le iba a escribir una carta al señor B.F. Tignor en Wenatchee y pedirle el dinero. Ella me dijo que eso era demasiado. Se la escribí, pidiendo el dinero de regalo, no prestado.

Fui al culto de oración ese miércoles y compartí mi sueño. El día siguiente recibí una carta diciéndome que esperara hasta la semana próxima y me lo daría. Fui la semana próxima por tren y él me encontró a la una de la madrugada. La primera cosa que me dijo era, “Hermano Case, ¿no es eso mucho que pedir?” Le dije mi sueño. Él me dijo que no resultaría. Su esposa y él nunca podían ponerse de acuerdo en nada. El día siguiente, desayunábamos y podía ver que él estaba preocupado. Por fin le preguntó a su esposa, “¿Qué haremos con el dinero para el hermano Case?” Ella dijo, “Pues, dáselo, por su puesto.” Fuimos al banco en el centro. Él tenía dos billetes de cien dólares en el depósito del banco que nadie más, ni su esposa, sabía. El me los dio y bastó para el mimeógrafo y útiles también. Cuando los libros en el cielo se abran, ese acto generoso del hermano B.F. Tignor será escrito allí.